preferencias, y usted no querrá que yo abandone todo miramiento solo por serle agradable.

El Marqués, sin contestar, volvió la cabeza. Rosa se compadeció de él.

—Vamos, vamos—dijo.—¿Es la desesperación? ¿No le quedan fuerzas ni para quejarse? No me deje creer que está usted tan afligido. Le he hablado como acostumbro á hacerlo. Generalmente no se enfada usted.

El movió la cabeza y supo mostrar unos ojos llenos de lágrimas. Rosa le tendió la mano diciéndole:

—No quiero que se apesadumbre usted. Sería absurdo. Usted me pide que deje de ser mujer honrada y yo no quiero. Sería una querida detestable y soy una amiga excelentísima. Conténtese con mi amistad, que se la otorgo sincera y sin ninguna reserva.

El Marqués tomó la mano que se le ofrecía, se la llevó á los labios con arranque apasionado, y levantándose y saludando á la joven salió sin decir una palabra. En el antepalco se encontró con Folentin, que volvía muy alegre.

—¡Cómo, Marqués! ¿Se va usted cuando yo vuelvo?

—Querido, la Baronesa es demasiado dura para mí y prefiero irme.

—Amigo—dijo Folentin—; ¿á quién se lo dice usted? Estoy bien enterado.

Y sonriente, radiante, cerró la puerta del palco.



## IV

La serenidad que la baronesa de Rocher había demostrado á Condottier no la predispuso á la indulgencia para Raynaud. Le demostró una indiferencia despreciativa, y como él pareciese no advertirla, llegó á ser agresiva y á dirigirle frases duras. Tampoco pareció darse por enterado, y la irritación de la joven llegó al mayor extremo, viéndole casi contento de que le tratase mal. Esta actitud, de la que no comprendía las altas y delicadas razones, llenó de turbación el espíritu de Rosa. ¿No se habría equivocado respecto á los sentimientos de Valentín, y el amor que ella creía que abrasaba su alma no habría sido más que una ilusión?

La pobre Rosa sentía gran descontento. Si no estaba enamorado, ¿qué debía pensar Raynaud del abandono que le había demostrado, y de sus confidencias algo más que amistosas? Llena de inquietud se preguntaba si era dueña de su pensamiento, y si en sus tonterías con Condottier, como en sus explicaciones con Raynaud, no desconocía el desorden de su espíritu. ¿Se habría roto el equilibrio de sus facultades, y estaría

condenada á obrar según la impulsión de sus sentimientos inmediatos? Se sentía menos segura de sí misma, y el orgullo que fundaba en la rectitud de su voluntad sufría al verse debilitado por la duda. El estado moral en que se encontró durante algunos días fué verdaderamente miserable. Se encerró en su casa, no quiso ver á nadie; dijo que estaba enferma, y permaneció á media luz, con las cortinas corridas, meditando sobre su situación. Le pareció que era absurda, y desesperó de que mejorase; lo que más atormentó á ese espíritu atrevido y resuelto fué pensar que el porvenir no sería mejor que el presente. El camino que su destino le había obligado á emprender no consentía ningún reposo ni el menor recogimiento. Sus compañeros eternos habían de ser la frivolidad y la indiferencia. Ni un solo amigo sincero entre sus camaradas de placer ni entre sus compañeros de fiestas. Se preguntaba que, si estuviese enferma, imposibilitada para moverse, con quién podría contar para cuidarla y hacerle compañía. Fuera de su madre, de carácter frío y seco, de su padre, siempre ocupado, y de su marido, acaparado por la vida elegante y los negocios, ¿quién se interesaría por ella? Buscó inútilmente en su imaginación; no encontró nadie. Todas sus relaciones eran artificiales y tenían por base el cambio de muestras de cortesía y de distracciones. Ausencia total de ternura, de calor, de



firmeza y de abnegación. Su padrino tal vez le demostraría un poco de afecto, cumpliría sus encargos y pasaría gustoso una hora á su lado, entre la visita á la exposición del día y la partida de *bridge* en el Círculo. Eso era todo.

Sintió el irremediable aislamiento que había formado á su alrededor una vida ficticia y falsa como la decoración de un escenario. Un abatimiento profundo se apoderó de ella. En aquel momento de angustia, si Condottier se hubiese presentado á requerirla con sus frases cálidas y sus promesas insidiosas, sin duda que habría triunfado.

Se encontraba aún bajo la impresión de sus burlas y de su indiferencia. La trataba de coqueta, y sin desmenuzar lo que había de desesperación real y efectiva en ese corazón que luchaba contra las tentaciones perversas, solo pensaba en vengarse del último agravio que Rosa le había inferido. De nuevo acariciaba sus antiguos proyectos. Quería apoderarse de Rosa, doblegarla según su capricho y seguir con ella ó abandonarla después, según encontrase mayor satisfacción en amarla ó desesperarla.

Le juraba que en todo caso había de ser su víctima, y devorado por el rencor buscaba una ocasión que fatalmente tenía que llegar. Un lazo sencillo para hacer caer á la insolente, y tenerla luego á su merced. Entonces le pagaría en un instante todas las humillaciones que le

había hecho sufrir. Primero pensó recurrir á su hermana y preparar una entrevista con la Baronesa en la calle Tilsitt. Pero tal cosa era demasiado arriesgada; comprometía á la condesa Grodsko y daba á su venganza la apariencia de una encerrona. Todavía no llegaba á semejante extremo, y una deslealtad repugnaba á su orgullo. Su conversación con Raynaud le había sugerido un plan, que no consistía más que en atraer á Rosa á su casa con el pretexto de visitar el hotel en compañía del amigo de Evans. Pero era preciso encontrar la ocasión oportuna, y su proyecto consistía en que Raynaud citase á Rosa y arreglarse luego para que no se encontrase con la joven. Así se ponía á cubierto, y al parecer no haría más que aprovecharse de una casualidad. Con todo, el arreglo de esta combinación no se presentaba, y esperaba una circunstancia favorable con la indiferencia de un gato que acecha á un ratón.

Sin que su hermano le hubiese dicho una palabra, la condesa Grodsko intervino en la intriga que el Marqués preparaba con tanta anticipación.

Una noche llegó á casa de Rosa, acompañada por vez primera de su marido, que pasaba por París procedente de Vichy y de regreso á sus bosques de Styrie. El magiar no estaba conforme con el retrato que la baronesa de Folentin había hecho de él. No era ni alto, ni fuerte, ni



bigotudo. Tenía el aspecto de un profesor de Universidad alemana, usaba poca barba, la tez pálida, ojos azules y usaba gafas. Folentin, al que su mujer había llamado por teléfono, pues sabía el interés que el banquero tenía por entrar en relaciones con los extranjeros ricos, habló media hora con el Conde y se asombró de la extensión de sus conocimientos. Agronomía, Música, explotación de minas, Pintura, Sociología, caza, de todo hablaba con gran competencia y claridad, con lenguaje correcto aunque con acento alemán muy marcado. Entretanto, y en un círculo de señoras, la Condesa decía:

—Es probable que vendamos el hotel del *faubourg* Saint-Germain. El Conde lo ha visitado con el embajador de Hungría, que quiere instalarse de nuevo. En cuanto su Excelencia escriba á Pesth y reciba las instrucciones, se tratará el negocio.

—Bueno—dijo Rosa.—¿Y el señor Evans?

—¿Quién es el señor Evans?—preguntó la Condesa.

—El asociado de Valentín Raynaud, por quien mi marido había hablado con su hermano...

—Querida mía, no tenía noticias de ese proyecto. Si es real, el señor Raynaud hará bien decidiéndose pronto, porque la concurrencia es seria. Naturalmente que el primero que se decida será quien tenga más probabilidades...

—Es preciso decírselo al Barón. Usted sabe la

importancia que da á todas las combinaciones. Es el eje del mundo, todo da vueltas á su alrededor.

—Pues bien, espere.

La Condesa se levantó, y fué á cortar una conversación iniciada por Folentin, referente á la navegación por el Danubio desde el punto de vista de la explotación de los bosques de Styrie, diciendo á su marido:

—Querido, habla á Folentin del proyecto de compra del hotel Condottier por la embajada.

—¿Qué?—dijo el banquero.—¿Qué embajada?

—¿Cuál ha de ser? La nuestra. Nosotros no nos ocupamos de las de Inglaterra ó España que están perfectamente instaladas.

—¡Ah! Pero vayamos despacio. Ustedes me permitirán que hable de ese negocio al Marqués. Tenemos un proyecto que está ya muy adelantado. Se trata de un americano al que podrán vender el hotel mucho más caro ..

—Bueno, le daremos tiempo bastante para reflexionar. En París se encontrarán otras casas en venta, y si es preciso las buscaremos... Vea usted—replicó continuando la demostración que hacía á Folentin—; la dificultad consiste en llegar al río. Una vez allí, todo es fácil. La madera llega hasta Rontchonck, en donde hay carpinteros... Los árboles pequeños se utilizan para traviesas de ferrocarril y los grandes para la construcción de casas. Miles de hectáreas de bosques



improductivos podrían ser explotados con beneficios inmensos... Pero sería preciso un ferrocarril que fuera desde las montañas al río.

—Se hace al Gobierno que lo establezca.

—No serviría á nadie más que á nosotros. Excepción hecha de la madera, no hay tráfico ninguno.

—Usted no lo sabe—exclamó Folentin con entusiasmo.—¿Conoce usted el subsuelo de sus montañas? ¿No contienen ni plata, ni estaño, ni hierro, ni hulla? Sería asombroso. Los Cárpatos están llenos de riquezas minerales inexplotadas. ¿Porqué razón esas rocas no han de ser de cuarzo del más precioso? ¿Tiene usted la seguridad de que no hay sal gema? Sepa usted, señor Conde, que en todo país hay siempre algo que se pueda explotar, aunque sea solo la tontería de sus habitantes.

—¡Ah! Franceses, franceses... siempre ingeniosos y habladores—dijo riendo el húngaro.—Hágame usted una visita en Grodsko. Organizaré partidas de caza en las que podrá matar los ciervos más hermosos de Europa. Si prefiere usted la caza de aves, le pondremos al extremo del cañón de su escopeta miles de perdices y liebres y haremos buenos negocios.

—No digo que no—contestó Folentin con entusiasmo.—Hacen falta países nuevos. Europa se agota, se la exprime como un limón, y no queda más que la cáscara.

Se acercó con el Conde á la mesa en que humeaba el te, y dijo á la Condesa:

—Su marido es un hombre muy interesante, muy instruído y muy inteligente. ¿Cómo se las compone usted para no poder vivir con un hombre de tanto talento?

—Indudablemente—contestó la interpelada—porque soy muy tonta. El Conde y yo, sin duda por esto, no nos comprendemos, y además, para juzgarle, no lo conoce todavía bastante. Ese hombrecito rubio, sensato y tranquilo, es terrible cuando ha bebido *vodka*. Se le ocurren cosas horribles, y si durante una discusión se le llevase la contraria, sería capaz de ordenar á sus criados que le diesen latigazos hasta dejarle muerto.

—¿A mí?—dijo con sobresalto Folentin.

—A usted... Claro que en París no haría semejante cosa, pues sufre la influencia de nuestras costumbres; pero una vez en su país y en medio de salvajes, se transforma. No cometa usted nunca la tontería de ir á Grodsko como le dice. ¡Pobre Folentin, tal vez no le veríamos á usted más!

—Se burla usted de mí, Condesa. Lo que me cuenta son historias de niños.

—De ningún modo. Grodsko está junto á Macedonia, á dos pasos del país en donde los insurrectos queman las casas y descuartizan á los hombres. Los turcos saquean, incendian y destruyen todo. ¡Hermoso país! Vaya usted á visitarlo, Folentin, para que le suceda lo que á esa vieja inglesa, por cuyo rescate se han tenido que pagar doscientos cincuenta mil francos, pues de lo contrario á los ocho días hubieran enviado por paquete postal su cabeza. Usted no sabe, amigo mío, de lo que habla.



—Entretanto le suplico que me dé tiempo para dar cuenta al Sr. Raynaud de la concurrencia inesperada que se produce respecto al hotel Condottier.

—Convenido. Pondré á mi hermano al corriente de lo que sucede.

El Marqués, sin que al parecer diese importancia á lo que la Condesa le decía de la nueva proposición, contestó con evasivas asegurando que no tenía prisa ninguna, y que lo más importante para él era no contrariar á Folentin. Al mismo tiempo buscaba las ventajas que el repentino conflicto creado por los propósitos de Grodsko y las intenciones de Raynaud le podían reportar. Después de reflexionar se le ocurrió una combinación sencillísima.

La estudió con mucho cuidado, y después de una noche entera de pensar en ella, llegó al convencimiento de que no había de encontrar nada mejor. Inmediatamente empezó á ocuparse en su organización. Escribió á Folentin que se ausentaba dos ó tres días, pues tenía necesidad de ir á Londres para arreglar un negocio importante, y

que durante este tiempo podía visitar el hotel con él y con la Baronesa. Al final decía: «le suplico que advierta al Sr. Raynaud, pues ignoro sus señas».

Por la noche se arregló para encontrar á Folentin en el Círculo. El Barón, al que faltaba el tiempo para hablar lo que constituía su preocupación, no perdió un segundo y dijo á su amigo:

—Es cosa convenida. Raynaud visitará el hotel pasado mañana y mi mujer le acompañará.

—Admirable. Daré orden de que preparen un *lunch*, pues supongo que la visita será por la tarde.

—A las cuatro.

—Yo me voy mañana.

—Buen viaje. ¿Va usted para el asunto de las minas de diamantes de que me ha hablado?

—Sí.

—Pues si tienen necesidad de una participación le ruego que se acuerde de mí. Sería su corresponsal en París con mucho gusto. Los Morgan, los Syttleton y los Frohmann, son lo mejorcito que tenemos en los negocios sud-africanos, y con ellos no se corre ningún riesgo.

—Cuente conmigo para esto como cuento con usted para mi hotel...

No sin dificultades, Folentin había obtenido que Rosa consintiese en acompañar á Raynaud al hotel Condottier. La joven sentía extraordinaria repugnancia ante la idea de recorrer la casa



del que con tanto apasionamiento la deseaba, y acompañada del que desde hacía algunas semanas provocaba tan grande turbación en su espíritu. Le parecía que en todo aquello había algo como una profanación de sus sentimientos secretos, y que se envilecía prestándose á los regateos entre Valentín y el Marqués. Por una extraña combinación de ideas había llegado á persuadirse de que el verdadero objeto del debate era ella misma, y que ya no se trataba de si el hotel seguiría siendo de Condottier ó si pasaría á Raynaud, sino que su persona era lo que se discutía. Al principio se había negado rotundamente á intervenir en la negociación.

—Quien debe ir con Raynaud—dijo á su marido—eres tú. Con más habilidad que yo le harás ver las ventajas del hotel. Ya sabes que no sirvo para esta clase de asuntos.

—¿Quién te dice que hagas el artículo?—exclamó Folentin.—Unicamente te pido que acompañes á Raynaud, porque sé que tu compañía le será agradable y facilitará el negocio.

—¿Porqué razón?

—Hoy es uno de los días que no quieres comprender nada. ¿Es acaso extraórdinario que visitar una casa con una mujer joven y hermosa predisponga, mejor que visitarla acompañado por un hombre cualquiera? Además, tú tienes buen gusto, y si Raynaud te consulta algo harás

que aprecie en todo su valor el decorado y la pureza del estilo.

—¡Hacer el artículo!...

—Después de todo ¿qué mal hay en ello? Cuando Condottier haya ganado por tu mediación algunos miles de francos, le habrás indemnizado.

—¿De qué?

—De las decepciones que le has procurado. Durante tres años no has hecho más que torear á ese pobre muchacho. Ni pudo casarse contigo ni ha podido seducirte. Eso vale una indemnización.

—¿Y es Evans quien se encarga de pagarla?

—¿Qué puede importarle á ese americano? Es tan rico...

—Tienes una moral que no carece de valor. Merecerías que te aplicasen sus principios.

—¿Bromeas? Entonces harás lo que te pido.

—No puedo negarme.

—Eres amabilísima.

Cuando Raynaud, prevenido por Folentin, supo que Rosa le acompañaría, sintió un vivo descontento. Folentin se había equivocado completamente en sus previsiones. La perspectiva de recorrer el hotel del Marqués en compañía de la Baronesa pareció tan poco agradable á Raynaud, que pensó no acudir á la cita. Mientras reflexionaba, recibió una tarjeta de Folentin, en la que le decía que Condottier no estaría



en París y que por lo tanto no podría recibirlos; pero que había dado las órdenes oportunas para que pudiesen visitar libremente el hotel. Esta ausencia del dueño tranquilizó á Raynaud é hizo desaparecer una buena parte de sus temores. Se acabó de tranquilizar cuando al día siguiente, víspera de la visita, encontró en casa de Prévinquieres á la condesa Grodsko, y ésta le dijo:

—Le advierto que mañana estaré con Rosa en casa de mi hermano. Me parece que el Conde me acompañará, pero no es seguro. Siempre tiene treinta y seis cosas que hacer que no le permiten ser complaciente...

Raynaud pensó: esta visita va tomando el carácter de una expedición Cook. Lo que tenía miedo era á la intimidad; pero con tanta gente ¿no será la visita más insoportable todavía?

Como quiera que considerase el paso que Folentin casi le obligaba á dar, siempre encontraba algún motivo de descontento. La mañana del día fijado recibió á la hora de almorzar un mensaje telefónico firmado por la condesa Grodsko y concebido en estos términos: «Si no tiene usted inconveniente, la cita queda aplazada para las cinco. El Conde me acompañará.» En ese retraso de dos horas, Raynaud no vió nada de sospechoso. Creyó que le suplicaban retrasase el momento de la visita para que el Conde pudiese acompañar á la Condesa, y decidió aprovechar el tiempo dirigiéndose á casa de Folentin con ob-